

Cuentos & Cuentistas

Cornell Woolrich: todo reloj señala la muerte

Bartolomé Leal desde Santiago

Tal vez el más insigne cuentista del género negro, en un sentido a la vez amplio (por sus temas) y estricto (por su estilo), sea el norteamericano Cornell Woolrich (1903-1968), también conocido como William Irish. George Hopley fue otros de sus seudónimos. De formación universitaria, se inicia como escritor romántico en la línea de Scott Fitzgerald (la era del jazz). Se vuelca a los *pulps* para ganarse la vida, con un estilo de relato breve inspirado directamente en Edgar Allan Poe, que pronto se hará único: un mundo oscuro y siniestro, plagado de incertidumbres y terrores, donde el destino es ineludible.

Aunque nacido en Nueva York se crió en México, ese país donde prevalece la maldad, como decía D.H. Lawrence. En su aburrimiento, coleccionó casquillos de armas de fuego. Aunque se abocó a la literatura de género, nunca escribió historias de detectives y menos aún de policías. Lo suyo es netamente género negro, sin que se le pueda calificar ni remotamente de autor “policial”. Publicó sus cuentos en las principales revistas *pulp* entre los años 30 y 50. La variedad de sus temas es impresionante para un hombre que vivió parte de su vida encerrado; y definió su estilo buscando la eficacia narrativa exigida por el medio que lo acogió.

Woolrich (con su nombre y sus seudónimos) escribió dos docenas de novelas y sobre doscientos cuentos, la mayoría de ellos tan negros que se le llamó (los gringos adoran esas etiquetas) “el Poe del siglo XX”. Muchas películas se hicieron con sus relatos, entre ellos *La ventana indiscreta* de Hitchcock, *La novia vestía de negro* y *La sirena del Mississippi* de Truffaut, y *Martha* de R.W. Fassbinder, lo cual lo hace (otra etiqueta) “el padre del cine negro”.

Algo de su vida, que sin duda influyó en su arte. Sus progenitores se separaron cuando Woolrich era joven y tras vivir en México con el padre, ingeniero civil, se mueve a Nueva York para vivir con la madre, una mujer de alta sociedad. Woolrich convivió los últimos 35 años de su vida con ella en un mísero cuarto de hotel en Harlem, y nunca le permitió leer sus obras. Se graduó entretanto en la Columbia University. En 1926 publicó

una primera novela, *Cover Charge*, bajo la influencia de Scott Fitzgerald, quien fue su protector.

In 1930, casó con Violet Virginia Blackton, hija de un productor de cine, pero las inclinaciones homosexuales de Woolrich, llenas además de sentimientos de culpabilidad, hicieron que se divorciaran tras menos de tres años de convivencia infernal. El mito cuenta que dejó a la esposa una maleta conteniendo un diario de vida con detallados pormenores de sus atormentadas y furtivas aventuras homosexuales. El desprecio por sí mismo y la falta de amor parecen haber sido potentes motores de su desesperada obra.



Tras la muerte de su madre en 1957, Woolrich se sumió en el horror, deambulando por los más sórdidos hoteles de Nueva York. El alcoholismo lo atrapó y una herida mal cuidada (padecía de diabetes) ocasionó que le amputaran una pierna. Todo esto lo transformó en un recluso, condenado a una silla de ruedas, sólo visitado por jóvenes admiradores suyos. Nunca dejó de publicar o republicar sus novelas y relatos. Era una celebridad del calibre de Chandler y Hammett, sus contemporáneos. Cabe señalar que, como ellos, recurrió a menudo a sus relatos cortos como materia prima para las novelas (la “canibalización” de que hablaba Chandler).



Lo característico de casi todas sus novelas y relatos es la fuerza del sino. Los protagonistas son empujados a situaciones que escapan completamente a su control. Lentas condenas, carreras contra el tiempo, desamparo ante el miedo, indefensión ante los golpes de la suerte, la brutalidad del poder, el horror de la miseria, son elementos recurrentes en sus relatos. No hay que olvidar que Woolrich escribió durante la llamada Gran Depresión de los años 30, fenómeno mundial devastador. Tiene una serie de novelas con la palabra “Negro” en el título, y muchos cuentos que contienen, desde el título, referencias a la muerte, cadáveres, descomposición, tumbas, locura, oscuridad, gritos, necrofilia, pesadillas, maldad... Gran parte de su obra se halla traducida al castellano, en variadas ediciones. Sus títulos son hermosos en original, lo cual no se pierde en traducción literal.

Escribió: “Sólo intentaba engañar a la muerte. Sólo pretendía vencer durante un corto tiempo la oscuridad que siempre supe vendría a invadirme y aniquilarme. Sólo intentaba permanecer vivo un poco más, cuando ya hubiera muerto. Inmerso en la luz, prolongando un poco más mi estancia entre los vivos”. Como en pocos autores del género, el miedo a la muerte y la angustia que provoca, es tema central de su producción, y no un pretexto para escribir historias de entretención.

Cornell Woolrich trabajó en Hollywood y permaneció gran parte de su vida cercano al cine. Es sin duda uno de los primeros autores donde la influencia del nuevo lenguaje de las imágenes (estamos hablando de la primera mitad del siglo XX) se hace patente. Algunas de sus historias se ambientan en el medio cinematográfico y en los cines de barrio, incluyendo formas de asesinato en el ámbito de las estrellas del celuloide. Señalemos otro aporte de Woolrich: nunca se hallará en su obra un crimen banal, siempre son el resultado de complejos procesos mentales y elaborados rituales. Escribió en primera persona (incluso desde el punto de vista de una mujer) y en tercera persona. Cada narración suya refleja una concentrada preocupación por hallar el modo más adecuado de expresión. Hay también notables cuentos donde hace presencia lo demoníaco, incluido el tema del vudú de Nueva Orleans, fenómeno que le fascinaba.

Woolrich no sólo aportó el cine y la literatura, sino también a la radio (medio más bien olvidado que tanto placer generó en las generaciones más antiguas), adaptando sus propios relatos, con seriales hoy consideradas clásicas. Al final de su vida publicó sobre

todo con el seudónimo de William Irish, por razones puramente comerciales, ya que quería cambiar de editor y se veía constreñido por un contrato con su nombre original. Pero su obra siguió siendo casi tan poderosa como al inicio, y muchas obras maestras de la novela y el cuento llevan esa firma.

No he mencionado muchos títulos en esta nota. Lo que ocurre es que como pocos autores, Cornell Woolrich-William Irish se erige en un autor total: su obra completa, desde ya todas las novelas y la inmensa mayoría de los cuentos, mantienen una calidad y una fascinación que rara vez decepcionan. Nos puede gustar alguna narración de Woolrich más que otra, pero pocos autores nos han dado con tanta coherencia una visión densa y descarnada del periplo vital de cada uno de nosotros, dominado por oscuras fuerzas que nos llevan al fracaso y a la muerte inevitable. Lo único seguro que podemos afirmar sin error.

Escribió: “No sé cual era el juego... sólo sé que debimos equivocarnos en algún momento... Hemos perdido. Eso es todo lo que sé. Hemos perdido. Y ahora el juego ha terminado... Fin.”